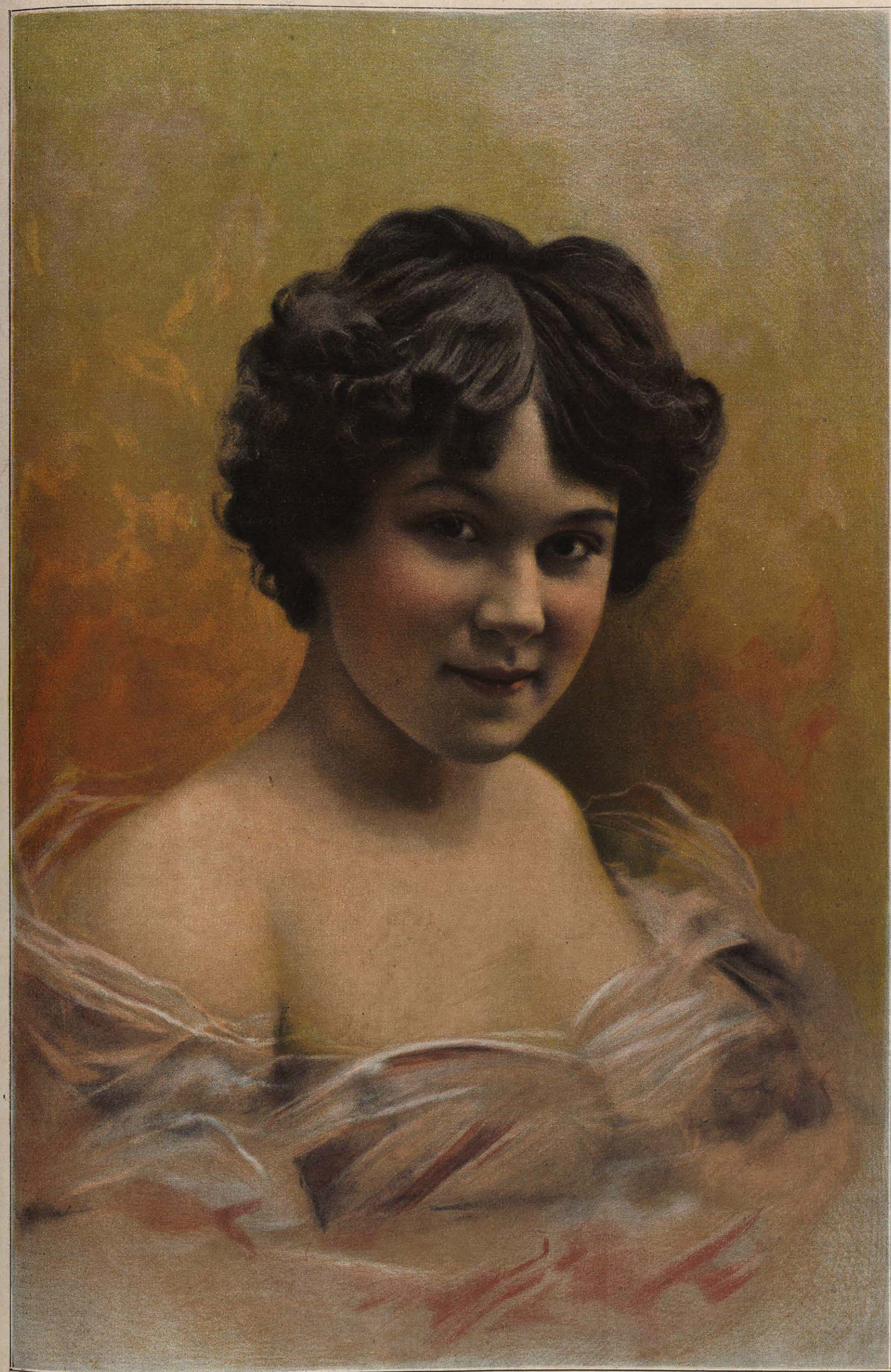


BAILE CHARRO



Dibujo al pastel, por JULIÁN AGUSTY.

BELLAS ARTES

De estudio de dibujo iluminado debe calificarse la cabeza de estudio que Pablo Béjar firma en la portada de este número. Tratada según el modo corriente en las páginas de ilustración, no tiene más propósito que buscar el aspecto agradable, cosa nada difícil para Béjar, sin separarse absolutamente de la forma artística.

La bonita impresión de la *Sierra Nevada desde Granada*, es una nota más de la inagotable y fecunda paleta de Brugada, sobre cuyos méritos no hemos de insistir, pues bien conocidos son de los lectores de ALBUM SALÓN.

A Francisco Amigó pertenecen el *Paisaje* y el *Estudio* que figuran en tercer lugar.

No es el de Amigó uno de esos nombres que se imponen en la esfera del arte, ni por su abundante labor, ni por la resonancia adquirida anteriormente. Dedicado en particular modo á la enseñanza de la pintura y del dibujo, su actividad artística ha de verse por fuerza muy cohibida, y de consiguiente, pocas son las ocasiones que se nos ofrecen de apreciar las obras de su pincel.

Las que hoy publicamos, revelan por lo menos ingenuo amor al estudio; pues si por una parte el *Paisaje* está tratado con justo sentimiento del color, aunque con cierta pesadez en el mecanismo, la *Cabeza de estudio* pone de manifiesto un dibujo correcto y una notable simplicidad de ejecución, dignos de elogio en quien sigue modestamente y sin alardes su camino ascendente.

FRANCISCO CASANOVAS



BOCETO DE RETRATO, EN BARRO, ORIGINAL DE DIONISIO RENART (hijo).



MEDALLA PREMIADA EN PÚBLICO CONCURSO, Y ORIGINAL DEL ESCULTOR

DIONISIO RENART (hijo).

AMOR Y ENVIDIA

En el altar las luces esparcen sus destellos, y la claridad que de ellas dimana es suficiente para iluminar la capilla reservada donde tenía lugar el matrimonio del conde de Casa Piedra con la hija de un militar retirado, del coronel Jimeno, cuyo único patrimonio era su brillante hoja de servicios y la medalla de San Fernando que ostentó en su pecho mientras le duró la vida; joyas para él tan preciadas como su Elena, rubia chiquilla de diez y ocho años, alegría y dicha del hogar, desde que la muerte le dejó solo con ella.

La situación de estos dos seres era bastante precaria; poco ambicioso para él, Jimeno pedía mucho para Elena; además, enfermo hacia ya tiempo, deseaba con ardor, con un afán que le robaba el sueño, dejar casada á su hija antes de que él faltase. La casualidad, dirían muchos, la Providencia, mejor dicho, escuchó las oraciones del padre, poniendo en su camino al conde de Casa Piedra, hombre rico y de trato fino y simpático, el cual, atraído un día por los ojos azules de Elena, quedó subyugado y preso entre los rizos rubios que adornaban la frente juvenil de la joven como una corona de oro.

Llevaba ya el conde tres años de viudez, sin haber gustado los goces del matrimonio, porque el carácter irascible, el genio dominante de su mujer, impidieron que su dicha fuera completa. A la muerte de ésta, ocurrida cuando el nacimiento de su hijo, consagróse exclusivamente al angelillo moreno, de negros ojos, que con su risa animaba la solitaria mansión. Pero el conde era joven, su corazón latía aún al impulso de la pasión, y el rostro hechicero de Elena le atrajo con fuerza invencible. Se hizo presentar; lo que en un principio fué simpatía se convirtió en amor, y si el bravo coronel no tuvo la dicha de asistir á la boda de su hija, tuvo al menos el consuelo inefable de morir sabiendo que el hombre á quien la confiaba era un perfecto caballero.

Y la boda acababa de celebrarse, por el luto riguroso de Elena, sin aparato alguno; los testigos, algunos parientes lejanos y, en un banco detrás de los recién casados, Juanito, el primogénito del conde, heredero de sus títulos y grandezas, quien, no comprendiendo lo que veía, fijaba sus expresivos ojos con ansiedad en el altar y meneaba gravemente, de vez en cuando, su cabecita, como si en su cerebro se agitasen serios pensamientos que él no pudiera resolver...

Terminada la ceremonia, la recién casada se volvió hacia el niño, y el conde miró con ojos de infinita ternura aquellas dos cabezas unidas, aquellos rizos rubios y negros que se mezclaban y se confundían en un beso, y que constituían sus únicos amores!...

El sol derramaba en el jardín, cuajado de flores, sus rayos fuertes, que á no ser por la brisa fresca que los tem-



plaba hubieran agostado las plantas con sus rigores; las purpurinas rosas, las gardenias, más blancas que la nieve, los jazmines, cuyo dulcísimo aroma embriagaba, entreabrieron sus cálices para aspirar con deleite el airecillo que les daba la vida y refrescaba sus tallos ardorosos y sedientos; á lo lejos, una extensión de agua parecía, bajo los rayos del astro rey, una bandeja de plata cuyo vivo resplandor hería la vista; la mansión solariega de los condes elevábase erigida, y sus torreones desafiaban aún los ataques del tiempo, como en anteriores siglos desafiaron los ataques de los sarracenos; el escudo, sus torres de oro sobre campo azul, y el lema de los señores de Casa Piedra destacábase en el fondo, cual si quisiera permanecer allí eternamente para proclamarlo á la faz del mundo entero; «antes la muerte que la deshonra», decía el lema, y contaban las crónicas que jamás faltaron á él los dueños de aquel castillo, desde que un rey, en premio de su valor, les concediera el título y escudo señorial.

Todo en la naturaleza convidaba á la alegría y á la dicha; ¿qué significan, pues, esas lágrimas que bañan los ojos de Elena?

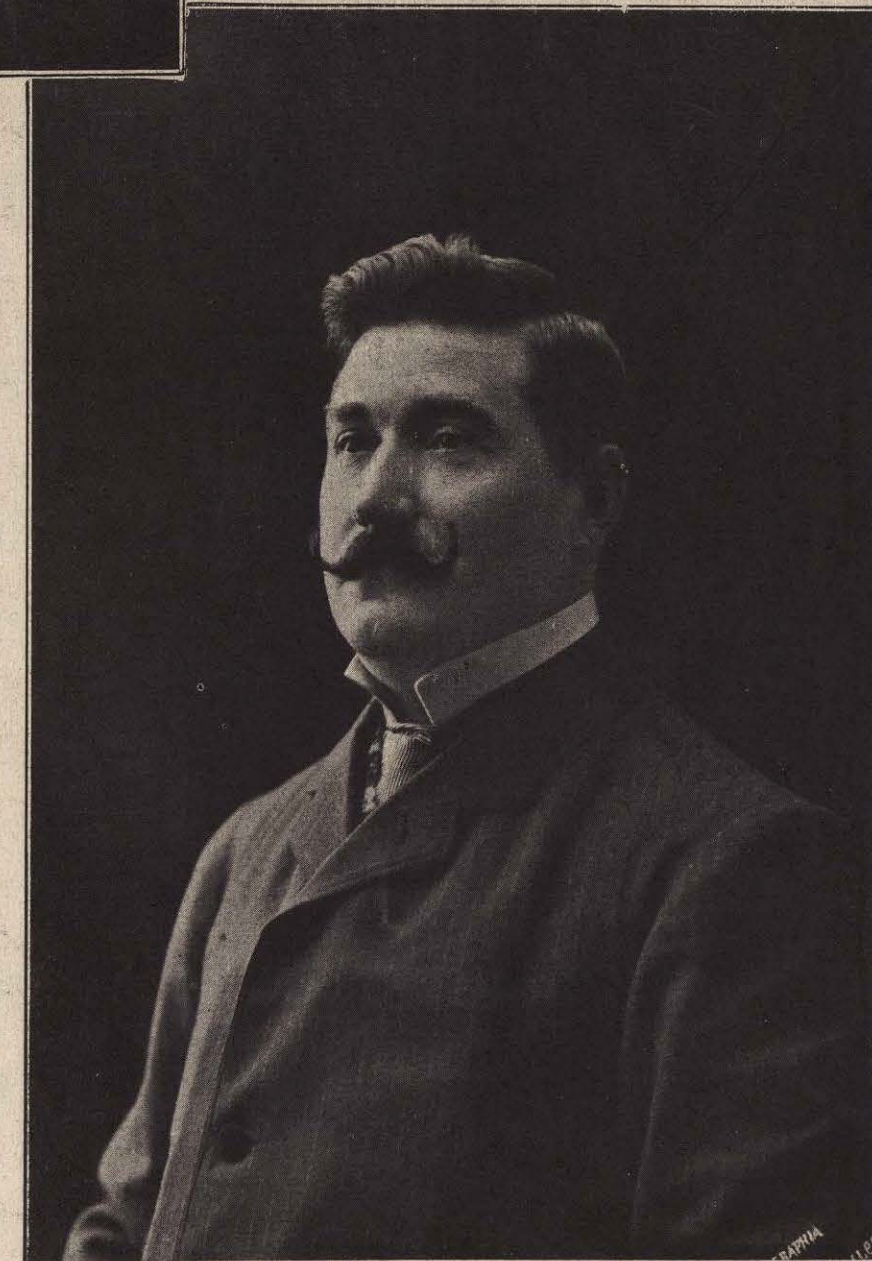
Han pasado doce años desde su casamiento; la felicidad más completa reinó en aquel nido, que el cariño formó; creció Juanito entre sus padres, sin que supiese él mismo decir á cuál de los dos quería más; pues Elena le trataba con el cariño de una verdadera madre... hasta que tuvo un hijo, un niño también, nacido cuando Juanito contaba ya ocho años. Al principio, continuó prodigando al mayor las mismas caricias de siempre, y éste quería con delirio á Santiago, que tal era el nombre del pequeño.

Un día, el conde, contemplando á Juanito que se ejercitaba en tirar al blanco, diestramente, por cierto, exclamó con orgullo:

—Bravo, Juan; eres digno de tus antepasados y sabrás llevar el título cual corresponde al descendiente de aquellos que ya murieron.

Estas palabras eran sencillas y lógicas; siendo Juan el mayor, á él pertenecía el título. Elena lo sabía: ¿por qué entonces se estremeció como si la hubiesen clavado un puñal?

Desde aquella fecha, ya no fué para Juanito lo que antes



LOS EMINENTES ARTISTAS DRAMÁTICOS ITALIANOS, ITALIA VITALIANI Y CARLOS DUSE

había sido; de alegre se volvió taciturna. Su marido, inquieto, consultó varios médicos; todos dijeron: «son nervios, ya pasará». Pero no pasaba, porque no eran los nervios los que la ponían alrededor de los ojos cercos oscuros, los que la hacían enflaquecer, los que la hacían llorar; no, era la envidia, era que en su corazón habíase deslizado ese innoble vicio, era que su hijo no heredaba los títulos nobiliarios; y la envidia, cuando se apodera del alma, es un gusano que corre hasta lo más profundo y hace brotar en el cerebro las ideas más egoístas y espantosas.

Por eso, en el tiempo de que se habla, lágrimas de odio surcaban sus mejillas, sus noches ya no conocían el descanso y sus días pasaban en medio de esas torturas que minan toda existencia. De pronto, se estremeció; Santiago y Juanito estaban balanceándose sobre un columpio, y las risas de los dos se mezclaban en el espacio. Juanito, con su esbelta figura, parecía un paje de la antigüedad, tenía ya quince años y era un adolescente lleno de gracia. Santiaguito era un niño aún; en aquel momento, subido en el columpio, mientras que Juan lo empujaba, con su rostro rojo de alegría y sus rubios cabellos, tan semejantes á los de su madre, semejava un angelito de los que pintaba Murillo. El cuadro que presentaban aquellos dos niños, entre las flores del jardín, atraía hacia ellos los corazones; y sin embargo, el de Elena, para el mayor, permanecía de piedra, más que de piedra, pues fuera mejor la indiferencia que el relámpago de ira que cruzaba por su mirada al fijarse en él...

Un grito de espanto brotó de sus labios; la cuerda del columpio se había roto, y Santiaguito, lanzado violentamente, iba á chocar contra el suelo, produciéndose quizás la muerte...

Loca de terror corre hacia ellos; pero antes se interpone Juan que, recibiendo el golpe, cae en tierra, teniendo entre sus brazos al pequeño que acaba de salvar...

Una emoción intensa agitó entonces el pecho de Elena; los ojos de la madre se llenaron de lágrimas, pero esta vez fueron de dolor y arrepentimiento; su susto es grande, no sabe si la herida de Juan será grave; arrodillada junto á él restaña con su pañuelo la sangre que sale de la frente del